





LA VÍA HERMÉTICA

COLECCIÓN · MNEMÓSINE



FRANÇOISE BONARDEL

La vía hermética

Introducción a la
filosofía de Hermes



ERASMUS

2025

COLECCIÓN · MNEMÓSINE

MITOLOGÍA, MAGIA Y ESOTERISMO

ERASMUS EDICIONES

Primera edición: mayo de 2025

Título original: *La Voie hermétique. Introduction à la philosophie d'Hermès*

© Françoise Bonardel, 2011

© Éditions Dervy, 2011

© de esta edición: Editorial Almuzara S.L., 2025

Dirección editorial: Raúl López López

Traducción y Corrección: Marta Marne

Maquetación: JesMart

Diseño de cubierta: estudiodavinci

Imprime y encuaderna: Liberdúplex

www.erasmuslibros.com www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com erasmus@almuzaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4 C/8, Nave 12, nº 3.
14005 - Córdoba

ISBN: 978-84-10199-38-5

Depósito legal: CO-790-2025

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Hecho e impreso en España Made and printed in Spain

ÍNDICE

Introducción	9
PRIMERA PARTE. LA REVELACIÓN DE HERMES . . .	19
1 Orígenes míticos e históricos	21
2 La revelación hermética	43
3 La «comprensión» hermesiana	67
SEGUNDA PARTE. LA TRADICIÓN HERMÉTICA	97
1 El renacimiento hermético	99
2 El arte de Hermes	133
3 El equívoco ocultista-hermético	169
4 Hermetismo y hermenéutica	199
Conclusión	229
Bibliografía	231



INTRODUCCIÓN

*Saber hermético, saber cerrado: la cerrazón se ha
impuesto poco a poco en nuestras maneras de hablar
del patronazgo del Trismegisto.¹*

El uso común de la palabra *hermetismo* sugiere la existencia de un recinto impenetrable o de un secreto inviolable. A veces se nos recuerda el uso literario que hicieron de esta exclusión Mallarmé y el movimiento simbolista, para quienes el preciosismo de la forma primaba sobre la necesidad de claridad para que pudiera nacer el poema, una joya verbal cuya comprensión dejaba al encantamiento con fines puramente estéticos. Como ocurre con cualquier realidad en la que la mente descubre su impotencia, a menudo se habla de llaves que hay que poseer o de iniciación que hay que recibir, cuya ausencia relega al lector o al oyente al rango de «profano», extraño al estrecho círculo donde parece florecer una forma de sacralidad vedada al vulgo. En tales casos, la ayuda de un especialista capaz de desentrañar el misterio o descifrar el enigma parece generalmente

1 M. Sauvage, *l'Aventure philosophique*, París, Buchet-Chastel, 1966, p. 88.

más apropiada en este caso a los modernos amantes de la precisión y la inteligibilidad que la intervención profética del gran Hermes Trismegisto.

De todos los antiguos Hermes, no está muy claro cuál fue el mejor revelador y transmisor de los famosos secretos comúnmente denominados herméticos. ¿Fue Trismegisto, el sabio y profeta pagano cuyos *logoi* (discursos) florecieron en el periodo helenístico alrededor de Alejandría, donde florecieron paralelamente una serie de gnoses (*gnôsis*: conocimiento) y doctrinas místicas? ¿No podría tratarse del mensajero alado con caduceo que, bajo el griego de Hermes y el latino de Mercurio, vigilaba las encrucijadas de los caminos, guiando tanto a los viajeros como a los ladrones y conduciendo las almas de los muertos más allá? Pero también podría ser el padre del Arte de Hermes —es decir, de la alquimia— quien recomendara a los adeptos de esta práctica «sellar herméticamente» el recipiente de transmutación para que la materia volátil no pudiera escapar y, con ella, la esperanza de realizar la gran obra.

El carácter compuesto de la doctrina hermética y la riqueza multiforme de su posteridad parecen deberse tanto a la personalidad proteica de Hermes como a la naturaleza de la enseñanza registrada entre los siglos VI y XI bajo el nombre hermetismo, en la que la ocultación desempeñaba un papel no menos importante que la revelación. Las prácticas y el lenguaje alquímicos tampoco fueron ajenos a esta confusa polisemia, cuya deliberada oscuridad contribuyó a arrojar un velo —de misterio o de sospecha— sobre una forma de pensamiento que el racionalismo de la Ilustración, y luego el positivismo en el

siglo XIX, condenaron con mayor radicalidad por considerar que no era más que oscurantismo o diletantismo, dadas las nuevas exigencias de inteligibilidad. ¿Acaso el racionalismo y el cientificismo no se habían vuelto, a su manera, «herméticos» a toda forma de revelación?

Los escritos atribuidos al Trismegisto por los antiguos son, en efecto, revelaciones. Transcrita con mayor precisión en el *Corpus Hermeticum* –al menos en su forma filosófica y religiosa– la revelación de Hermes no está menos extendida por toda la *Hermetica*, que contiene también textos de inspiración mágica, médica, astrológica y alquímica. Proclamada por el verbo hermético, la revelación hermética se compone también de préstamos de las diversas filosofías y doctrinas religiosas más extendidas en el mundo helenístico, donde seguían coexistiendo el platonismo, el aristotelismo, el estoicismo y las tradiciones mágico-religiosas de Oriente.

Si hay pocas razones para considerar la revelación hermética como una auténtica «filosofía», en el sentido en que la entendían los griegos, ¿se trata más bien de una *gnosis* susceptible de estar vinculada a uno u otro de los numerosos movimientos gnósticos (Basílides, Valentín, Marción) que se desarrollaron al mismo tiempo, en armonía o rivalidad con el cristianismo? ¿Fue una doctrina «esotérica» y secreta, como su nombre y el patrocinio Hermes sugieren? ¿Es el hermetismo una mera manifestación tardía de los *Misterios*, que en Grecia servían de revelación de lo divino y de iniciación a lo sagrado? En esta simple palabra pueden discernirse tantas estratificaciones históricas y semánticas –hermetismo– que podríamos vernos tentados a negarle toda

originalidad doctrinal y a concederle, en el mejor de los casos, el carácter híbrido de todo «sincretismo». ¿Cómo explicar entonces la asombrosa posteridad de esta antigua doctrina, cuyas enseñanzas acabaron por constituir, en virtud de su continuidad, una «tradición» verdaderamente venerable?

En contexto del hermetismo, la palabra tradición² debe tomarse en su sentido original de «transmisión»: no de hábitos y costumbres que acreditan una visión retrógrada y conservadora de las ideas y las costumbres (tradicionalismo), sino la perpetuidad de un saber iniciático transmitido primero por la palabra de Hermes a unos pocos y raros discípulos en busca de regeneración espiritual, y luego, a lo largo de los siglos, a aquellos magos, adeptos y artistas que perpetuaron su espíritu a través de sus prácticas de filosofía oculta y alquimia. Fundada en la *Hermetica*, y condensada en la famosa *Tabla de Esmeralda* (*Tabula Smaragdina*), la tradición hermética —como todas las tradiciones— puede en efecto jactarse de un fundador mítico-religioso con una personalidad carismática, unos libros casi sagrados y un modo de transmisión inspirado en el «gnosticismo», cuya continuidad está demostrada tanto desde el punto de vista histórico como iniciático. También se plantea la cuestión de si el hermetismo no es más que una tradición entre muchas, o si el papel de Hermes como «padre de los sabios» (H. Corbin) y hermenéutica espiritual permite considerar su enseñanza como el

2 Véase J. Evola, *La Tradition hermétique*, trad. fr. París, Éditions traditionnelles, 1975.



1. Mercurio Trismegistus, grabado en cobre de Johann Theodor de Bry para el *Tractatus posthumus de divinatione & magicis prastigiis* de Jean-Jacques Boissard, Oppenheim, 1615 (Biblioteca Nacional de España).

«núcleo esotérico» común a la mayoría de las grandes tradiciones religiosas e iniciáticas.

Independientemente del cristianismo, el hermetismo reconocía e integraba muchos de los símbolos y aspiraciones del misterio cristiano. La muerte y resurrección de Cristo se convirtieron en la expresión emblemática del deseo de regeneración espiritual y material que motivó la búsqueda de la piedra filosofal. Independientemente de las sociedades llamadas «secretas», como la masonería y el rosacruzismo, el hermetismo nunca fue ajeno ni hostil a sus preocupaciones especulativas y operativas. De hecho, a lo largo de los siglos la historia occidental, parece haber reunido a una «familia de mentes» deseosas sobre todo de «trabajar», alquímicamente hablando, en la superación de todas las formas de dualismo. Los hermetistas se caracterizan a la vez por una visión del mundo orquestada por el principio analogía y por una forma de escucha y de sensibilidad cuya apertura y plasticidad permiten aceptar e integrar las vías más diversas de realización espiritual. De este modo, todo hermetismo auténtico está llamado a actuar más o menos como «un crisol».

Fundamentalmente abierto a la pluralidad, el hermetismo está, sin embargo, guiado por un constante y ardiente *deseo de unidad*, que dio lugar, entre otras cosas, a la búsqueda filosófica, cuya última etapa se conocía indistintamente como la gran obra, la piedra, el oro, el andrógino o el rebis. Si bien la tradición hermética no debe, a priori y en todos los aspectos, confundirse con la tradición alquímica, un análisis de la revelación transmitida en el *Corpus Hermeticum*, y una exégesis de

ciertas fuentes místicas comunes, deberían permitirnos comprender por qué la alquimia se llamó también el arte de Hermes, y por qué ambas tradiciones tendieron a menudo a fundirse en una sola.

En tanto que *visión del mundo* basada en las «correspondencias» y «simpatías» que unen el macrocosmos y el microcosmos, el hermetismo conoció un glorioso renacimiento en Occidente entre los siglos XIV y XVII, antes y después en paralelo a lo que clásicamente se conoce como Renacimiento, que se supone configuró la figura del hombre moderno. ¿Hubo, pues, dos formas de «renacimiento», una de las cuales, racionalista y humanista, acabó por eclipsar a la otra, operativa y hermética? Pues el hermetismo desempeñó una vez más el papel de gran *conciliador* entre dos vías (natural y divina) que los hombres se negaban a disociar, tan inalterables parecían ser por el momento ciertas alianzas ocultas entre el hombre y la naturaleza, la naturaleza y Dios. Y son innumerables los filósofos, teósofos y poetas que se han inspirado en el pensamiento hermético, que han recurrido a él directa o indirectamente, a pesar de que oficialmente parecía haber perdido toda credibilidad. Es sin duda por haber afirmado con tanta coherencia su voluntad de unidad por lo que el Hermetismo fue llamado a encarnar la figura misma *del recurso* en ciertos periodos cruciales de la historia, cuando las filosofías, las ciencias y las religiones reveladas demostraron su impotencia para reconducir a la humanidad hacia una esperanza de regeneración espiritual o de salvación que no pasara por alguna Iglesia establecida o algún sistema de conocimiento reconocido.

Por tanto, deberíamos aprender a ver en las metamorfosis de Hermes y su doctrina a lo largo de los siglos la prueba de su éxito a la hora de negociar —de una forma que las filosofías racionalistas griegas nunca hicieron— las siempre cambiantes y complejas relaciones entre el uno y los muchos, entre la materia y el espíritu, entre el hombre y la naturaleza. En esto, Hermes habría sido —a pesar de una etimología arriesgada— el renovador del sentido y el *hermeneuta* por excelencia, el que preside todos los auténticos renacimientos, metamorfosis y encarnaciones. Si es así, es fácil comprender por qué el siglo XX, los diversos enfoques hermenéuticos de la propia cuestión del sentido —en la historia de la religión, la psicología profunda, la antropología de lo imaginario— se pusieron casi todos espontáneamente bajo el patrocinio de Hermes el mediador.

Sugerida inicialmente por F. Yates, que pedía que se estableciera una distinción entre *hermetismo* y *hermeticismo* en inglés, parece necesario aclarar el vocabulario. Sistematizada en Francia por A. Faivre, lleva a distinguir entre *hermetismo*, como cuerpo doctrinal y exégesis erudita de la *Hermetica*, y *hermesismo*: «un conjunto más amplio de doctrinas, creencias y prácticas que no dependen necesariamente de la tradición hermética alejandrina, pero que incluyen la cábala cristiana y, de forma más general, la mayoría de las formas de esoterismo moderno».³ La actitud mental *hermesiana* sería, por tanto, común todo el esoterismo occidental, situado «bajo el

3 «Hermetismo» en *The Encyclopedia of Religion* (ed. M. Eliade), Macmillan Publishing Company, Nueva York, 1987, v. 6, p. 293.

signo del dios con el caduceo». Si bien esta ampliación del campo de acción del hermetismo está totalmente en consonancia con su espíritu apertura, no debería conducir a la amalgama de todas las artes y ciencias tradicionales, como suele hacerse hoy en día, generalmente para condenar su irracionalidad y, más raramente, para reconocer en ellas el conocimiento «primordial» común a toda la humanidad.

Jugando con las tres posibilidades que ofrece la lengua francesa, en este libro hemos optado por denominar *Hermética* al pensamiento y las prácticas expuestos en los *Hermetica*; *hermetista* al conjunto de la tradición esotérica patrocinada por Hermes y que, por tanto, incluye, en ocasiones, la teosofía y la cábala, la alquimia y la astrología. *Hermético* es el giro mental que, inspirado por la mirada y la palabra del dios polimorfo y del antiguo sabio, nos invita a emprender un acto hermenéutico de «comprensión» gnóstica.

En un esfuerzo por establecer una distinción más clara entre el uso profano y exotérico de los términos y el significado esotérico de iniciación espiritual conferida por las enseñanzas Hermes, varios autores asociados a esta tradición adornaron con frecuencia ciertas palabras clave con una ostentosa letra mayúscula que se suponía expresaba la altura de esta visión y la majestuosidad de esta revelación. Hoy en día, parece necesario volver a una mayor sobriedad y reservar este uso para algunos términos raros que designan la unidad trascendente de ciertos conocimientos o prácticas; o cuando esta escritura hace

más comprensible la especificidad de la enseñanza hermetica en relación con la de otras tradiciones. Pero la influencia perdurable del hermetismo hace innecesario el énfasis, y también descarta la reducción y asimilación del cierre hermético al de un «saber diferido, rechazado o imposible», como cree ver G. Gusdorf al hermetismo antiguo.⁴ El hecho de que la oscuridad haya sustituido a la transparencia, ¿significa necesariamente que Trimegisto actuó a contracorriente, cortando e invirtiendo el circuito inteligibilidad establecido por Hermes, el dios de la comunicación y el intercambio? El hermetismo introduce otra forma ocultación y translucidez.

4 *Les Origines de l'herméneutique*, París, Payot, 1988, p. 39.

PRIMERA PARTE

LA REVELACIÓN
HERMES

